

—Comprendo tu deslumbramiento, y á mí es á quien corresponde ver claro en esas tinieblas políticas y olfatear la puerta de salida. Es imposible prever los acontecimientos que puedan traer á los Borbones, cuando un general Bonaparte tiene ochenta navíos y cuatrocientos mil hombres. Lo más difícil en política espectante es saber cuándo un poder que se inclina va á caer; pero, amigo mio, el de Bonaparte está en su período ascendente. ¿No habrá sido el mismo Fouché el que te habrá hecho sonar para conocer el fondo de tu pensamiento y desembarazarse de tí?

—No, estoy seguro del embajador, y, por otra parte, Fouché no me enviaría dos monos semejantes, á quienes conozco demasiado para no concebir sospechas.

—Me causan miedo, dijo Grevín. Si Fouché no desconfía de tí y no quiere ponerte á prueba, ¿por qué te los ha enviado? Fouché no hace una cosa semejante sin tener un motivo para ello.

—Eso me decide, exclamó Maligno, sin contar con que no estaré nunca tranquilo con esos dos Simeuse; acaso Fouché, que conoce mi posición, desee cogerlos y llegar de este modo, por medio de ellos, hasta los Condé.

—Vaya, amigo mío, seguramente que mientras esté Bonaparte nadie se meterá con el propietario de Gondreville.

Al levantar los ojos, Maligno vió asomar por entre las ramas de un frondoso tilo el cañón de un fusil.

—No me había engañado: había oído el ruido seco de un gatillo, dijo á Grevín después de haberse puesto detrás de un grueso tronco de árbol, adonde le siguió el notario al ver el brusco movimiento de su amigo.

—Es Michú, dijo Grevín; veo su barba roja.

—Finjamos que no tenemos miedo, repuso Maligno, que se alejó poco á poco diciendo á intervalos: ¿Qué diablos tendrá que ver este hombre con los propietarios de esta tierra? Seguramente que no era á tí á quien apuntaba. Si nos ha oído, no tardará en saber todo el mundo nuestra conversación. Hubiéramos hecho mejor yéndonos á la llanura. ¿Quién diablos hubiera creído que hay que desconfiar hasta del aire!

—Siempre se aprende algo nuevo, dijo el notario. Pero no habrá oído, porque estábamos muy lejos y hablábamos en voz baja.

—Voy á decirle dos palabras á Corentín, dijo Maligno.

Algunos instantes después, Michú entró en su casa, pálido y con el rostro demudado.

—¿Qué tienes? le dijo su mujer asustada.

—Nada, respondió él al ver á Violette, cuya presencia le hizo el efecto de un rayo.

Michú cogió una silla, se puso tranquilamente delante del fuego y arrojó á él una carta que sacó de unos de esos tubos de hojalata parecido al que dan á los soldados para guardar su licencia. Esta acción, que permitió á Marta respirar como persona á quien se quita un gran peso de encima, llamó mucho la atención de Violette. El administrador colgó su carabina en la campana de la chimenea con una admirable sangre fría.

—Vamos, Francisco, dijo el padre; vamos á acostarnos. ¿Tienes sueño?

Y cogió á su hijo brutalmente por la cintura y se le llevó.

—Baja á la bodega, le dijo al oído cuando estuvo en la escalera, llena dos botellas de vino de Macón, después de haberlo mezclado con una tercera parte del aguardiente de cognac que hay en el aparador de las botellas; después mezcla una botella de vino blanco con media de aguardiente. Haz todo esto con maña y pon las botellas sobre el tonel vacío que está á la entrada de la bodega. Cuando yo abra la ventana, sal tú de la bodega, ensilla mi caballo, monta encima y vete á esperarme al Poteau-des-Gueux. Este pilluelo no quiere nunca acostarse, dijo el administrador entrando de nuevo en la cocina. Quiere hacer como las personas mayores: verlo todo, oirlo todo y saberlo todo. Tío Violette, me está usted echando á perder la familia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Violette, ¿quién le ha desatado á usted la lengua? Nunca ha dicho usted tantas palabras seguidas.

—¿Cree usted que me dejo espiar sin apercibirme de ello? Tío Violette, no va usted por buen camino. Si en lugar de

servir á los que me odian, se pusiese usted de mi parte, haría algo más por usted que renovar el arriendo...

—¿Qué? dijo el aldeano con avidez y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Le vendería á usted mis bienes muy baratos.

—No hay nada barato cuando es preciso pagar, dijo sentenciosamente Violette.

—Quiero dejar el país, y daría á usted mi quinta de Mousseau, los almacenes contiguos, las sementeras y el ganado, por cincuenta mil francos.

—¿De veras?

—¿Le conviene á usted?

—¡Diantre! hemos de verlo.

—Hablemos de eso... Pero quiero que me dé usted señal.

—No llevo nada conmigo.

—Una palabra.

—¡Todavía!

—Dígame, ¿quién acaba de enviar á usted aquí?

—He vuelto del sitio adonde iba hace un momento y he querido dar á usted las buenas noches.

—¿Volver tú sin tu caballo? ¿Me tomas acaso por un imbecil? Mientes, y no será para ti mi quinta.

—Pues bien, ha sido el señor Grevín. Me ha dicho: «Violette, necesitamos á Michú. Vete á buscarle. Si no está allí, espéralo...» Yo comprendí que era conveniente permanecer aquí esta noche...

—¿Estaban aún en el palacio los truhanes de París?

—¡Ah! no lo sé; pero había mucha gente en el salón.

—Tuya será la quinta, pongámonos de acuerdo. Marta, vete á buscar el vino. Trae del mejor del Rosellón, del vino del ex marqués... Nosotros no somos jovenzuelos. Así es que trae dos botellas del tinto y una del blanco que encontrarás sobre el tonel vacío.

—Esto me gusta, dijo Violette, que no se emborrachaba nunca. ¡Bebamos!

—Usted tiene cincuenta mil francos debajo de los ladrillos de su cuarto en toda la extensión que ocupa la cama, y

me los dará usted quince días después de cerrado el trato en casa de Grevín.

Violette miró fijamente á Michú y se puso lívido.

—¡Ah! ¿vienes á espiar á un jacobino acabado que tuvo el honor de presidir el club de Arcís y crees que él no te había de coger de algún modo? Como tengo ojos y he visto los ladrillos removidos, he sacado en consecuencia que no los habías levantado para sembrar trigo. ¡Bebamos!

Violette, turbado, bebió un gran vaso de vino sin fijarse en la calidad: el terror parecía haberle puesto un hierro candente en el estómago, y los efectos del aguardiente quedaron anulados por los de la avaricia; hubiera dado cualquier cosa por estar ya en su casa y cambiar de sitio su tesoro. Las tres mujeres se sonreían.

—¿Le conviene á usted el negocio? dijo Michú á Violette llenándole de nuevo el vaso.

—¡Ya lo creo!

—Así, tendrás casa propia, viejo tonto.

Después de una media hora de animadas discusiones sobre la manera de hacer el trato y sobre los rodeos que acostumbra á hacer todos los aldeanos antes de cerrar un negocio, en medio de los asertos, de los vasos de vino vaciados, de las palabras llenas de promesas, de las denegaciones, de los: —¿de veras?—de veras—por mi palabra—como te lo digo—que me corten el cuello si...—que este vaso de vino se convierta en veneno si no digo la verdad...—Violette cayó de bruces sobre la mesa, no borracho, sino medio muerto; y tan pronto como Michú vió que sus ojos empezaban á enturbiarse, se apresuró á abrir la ventana.

—¿Dónde está ese pillo de Gaucher? le preguntó á su mujer.

—Está acostado.

—Tú, Mariana, dijo el administrador á su fiel criada, ve á ponerte atravesada en su puerta y vigílalo. Usted, madre, quédese abajo y vigíleme á este espía; esté usted al acecho y no abra la puerta si no oye la voz de Francisco. ¡Se trata de una cuestión de vida ó muerte! añadió con voz solemne. Para todas las criaturas del mundo, yo no he salido esta

noche de casa, y es preciso sostenerlo así, aunque le pongan á uno la cabeza en el tajo. Vamos, mujer, le dijo á su esposa; ponte los zapatos y la cofia y démonos prisa. Nada de preguntas, que yo te acompaño.

Hacia tres cuartos de hora que este hombre tenía en su gesto y en su mirada una autoridad despótica, irresistible, sacada del manantial común y desconocido de donde sacan sus poderes extraordinarios los grandes generales en los campos de batalla para entusiasmar á las masas, los grandes oradores que arrebatan á las multitudes, y, digámoslo también, ¡los grandes criminales para llevar á cabo sus audaces golpes de mano! Parece entonces que sus ademanes y su palabra ejercen una influencia invencible, imperando sobre la voluntad ajena. Las tres mujeres sabían que atravesaban una horrible crisis; sin que nadie les hubiese dicho nada, la presentían en la rapidez de los actos de aquel hombre, cuyo rostro imponía, cuya frente hablaba y cuyos ojos brillaban como estrellas; habían visto el sudor bañando su frente y más de una vez su palabra había vibrado de impaciencia y de rabia. Así es que Marta obedeció pasivamente. Armado hasta los dientes y con la escopeta al hombro, Michú se dirigió hacia la avenida seguido de su mujer, y ambos no tardaron en llegar á la encrucijada donde Francisco los esperaba escondido en la espesura.

—El pequeño comprende las cosas, dijo Michú al verlo.

Esta fué su primera palabra. Su mujer y él habían corrido hasta entonces sin pronunciar palabra.

—Vuelve al pabellón, ocúltate en el árbol más espeso y observa el campo y el parque, dijo á su hijo. Estamos todos acostados y no abrimos á nadie. Tu abuela vigila y no se moverá hasta que oiga tu voz. Retén bien mis palabras. Se trata de la vida de tu padre y de la de tu madre. Que la justicia no sepa nunca que hemos estado esta noche fuera de casa.

Después de dichas estas palabras al oído de su hijo, que se deslizó, como la anguila en el agua, á través del bosque, Michú dijo á su mujer:

—¡A caballo, y ruega que Dios esté con nosotros!

Agárrate bien, porque vamos á arrear aunque reviente el caballo.

Apenas fueron dichas estas palabras, cuando el caballo, en cuyo vientre dió Michú dos golpes con el pie, apretándole al mismo tiempo con sus forzudas rodillas, salió con la celeridad de un caballo de carrera; el animal parecía comprender á su amo y en un cuarto de hora atravesó el bosque. Michú, sin haberse desviado del camino más corto, se encontró en un extremo del bosque, desde el cual las cimas del palacio de Cinq-Cygne se veían alumbradas por la luna. Ató su caballo á un árbol y subió pronto y ágilmente al montículo desde donde se dominaba el valle de Cinq-Cygne.

El castillo, que Marta y Michú contemplaron durante un momento, hace un efecto encantador en el paisaje. Aunque no tenga ninguna importancia por su tamaño ni por su arquitectura, no carece de cierto mérito arqueológico. Este antiguo edificio del siglo xv, sito en una eminencia, rodeado de profundos fosos, anchos y llenos aún de agua, está construído con piedra y mortero, pero las paredes tienen siete pies de ancho. Su sencillez recuerda admirablemente la vida ruda y guerrera de los tiempos feudales. Este castillo, verdaderamente sencillo, está constituido por dos grandes torres, separadas por un largo cuerpo de edificio. La escalera está en la parte de afuera, en el medio, y cubierta por una torrecilla pentagonal provista de una puertecita ojival. El piso bajo, completamente modernizado en tiempo de Luis XIV, lo mismo que el primer piso, tiene los techos altísimos y llenos de esculturas. Delante del castillo se encuentra una inmensa pradera que poco tiempo antes era bosque. A ambos lados del puente de entrada hay sendas casuchas donde viven los jardineros, las cuales están separadas por una verja de hierro, sin carácter ninguno é indudablemente moderna. A derecha é izquierda de la pradera, dividida en dos partes por una calzada embaldosada, se extienden las cuadras, los establos, los hórreos, la leñera, la panadería, el corral para las aves, las habitaciones de los criados, construído todo esto sin duda con dos alas semejantes al castillo actual. En otro tiempo, este castillo debía de ser cuadrado,

fortificado en los cuatro ángulos y defendido por una enorme torre con pórtico, al cual daba entrada, en lugar de la verja, un puente levadizo. Las dos gruesas torres, que no habían sido arrasadas, y el cimbanillo de la torre del centro, daban carácter á la aldea. La iglesia, vieja también, mostraba á algunos pasos su puntiagudo campanario, que armonizaba con las masas de este castillo. La luna hacía resplandecer todas las cimas y conos, en torno de los cuales formaba la luz agradables matices. Michú contempló esta morada señorial de un modo que extravió los pensamientos de su mujer, pues su rostro, más tranquilo, ostentaba una expresión de esperanza y una especie de orgullo. Sus ojos abrazaron el horizonte con cierta desconfianza; escuchó hacia la parte del campo; debían ser á la sazón las nueve, y la luna acariciaba con sus rayos la margen del bosque, alumbrando de un modo extraordinario el montículo. Esta posición debió parecer peligrosa al guarda general, porque descendió en seguida, sin duda por temor de ser visto. Sin embargo, ningún ruido sospechoso turbaba la paz de este hermoso valle, rodeado por aquella parte por el bosque Nodemesme. Marta, agotadas ya sus fuerzas, temblorosa, esperaba un desenlace cualquiera después de semejante carrera. ¿Para qué la necesitaba á ella? ¿para una buena acción ó para un crimen? En este momento, Michú habló al oído á su mujer de esta suerte:

—Vas á ir á casa de la condesa de Cinq-Cygne y pedirás permiso para hablarla; cuando la veas, le ruegas que te escuche á solas. Si no quiere hacerte caso, le dirás: «Señorita, la vida de sus dos primos está en peligro, y el que ha de explicar á usted el por qué y el cómo, le espera.» Si tiene miedo, si desconfía, añade: «Forman parte de la conspiración contra el Primer Cónsul, y la conspiración está descubierta.» No digas tu nombre, pues desconfían demasiado de nosotros.

Marta levantó la cabeza hacia su marido y le dijo:

—¿Cómo! ¿estás á su servicio?

—¿Y qué? dijo Michú frunciendo las cejas y creyendo que la pregunta era un reproche.

—No me comprendes, exclamó Marta cogiendo la mano de Michú, cubriéndola de lágrimas y cayendo de rodillas.

—Corre, después llorarás, dijo Michú abrazándola con fuerza brusca.

Cuando ya no oyó los pasos de su mujer, aquel hombre de hierro lloró. Había desconfiado de Marta á causa de las opiniones de su padre, y le había ocultado los secretos de su vida; pero la belleza del carácter sencillo de su mujer había sido comprendido por él de pronto, como la grandeza del suyo acababa de brillar para ella. Marta pasaba de la profunda humillación que causa la degradación de un hombre cuyo nombre se lleva, al maravilloso encanto que le presta la gloria; pasaba de una á otro sin transición, ¿no había motivo para desfallecer? Presa de las más vivas inquietudes, había creído andar marchando hacia el crimen, como dijo ella misma, desde el pabellón hasta Cinq-Cygne, y en un momento se había sentido llevada al cielo entre los ángeles. Él, que creía no ser amado, que tomaba la actitud triste y melancólica de su mujer por falta de afecto, que la dejaba entregada á sí misma, viviendo él fuera y reconcentrando toda su ternura en su hijo, había comprendido en un momento todo lo que significaban las lágrimas de aquella mujer; ella maldecía el papel que su belleza y la voluntad paterna la habían obligado á representar. La dicha había brillado para ellos con su más hermosa llama, en medio de la tormenta, cual si fuese un rayo. Ambos pensaban en los diez años de desavenencia y cada uno creía ser el culpable. Michú permaneció de pie, inmóvil, con el codo apoyado en la carabina y la mano en la mejilla, sumido en profundos sueños. Un momento semejante hace aceptar como buenos los más dolorosos pesares del pasado.

Agitada por mil pensamientos semejantes á los de su marido, Marta sintió su corazón oprimido al pensar en el peligro de los Simeuse, pues lo comprendió todo, hasta la presencia de los dos parisienses, aunque no podía explicarse lo de la carabina. Corrió como una corza y llegó al camino del castillo. Sorprendida al oír tras sí los pasos de un hombre, lanzó un grito, pero la callosa mano de Michú le cerró la boca.

—Desde lo alto de la eminencia he visto relucir á lo lejos la plata de los sombreros bordados. Entra por una de las brechas del foso, que está entre la torre de la señorita y las cuadras; los perros no te ladrarán. Pasa al jardín, llama á la joven condesa por la ventana, haz que ensillen su caballo, dí que lo traigan por el foso, que yo estaré allí después de haber estudiado el plan de los parisienses y el medio de escapar.

Este peligro, que iba á arrollarlos como una avalancha y que era preciso evitar, dió alas á Marta.

El nombre común á los Cinq-Cygne (1) y á los Chargebœuf, es Duineff. Cinq-Cygne pasó á ser el nombre de la rama menor de los Chargebœuf después de una defensa hecha, en ausencia de su padre, por cinco doncellas de esta casa, todas extraordinariamente blancas, y de quien nadie hubiese esperado semejante conducta. Uno de los primeros condes de Champaña quiso perpetuar este recuerdo tanto tiempo como viviese esta familia, mediante este bonito nombre. Desde este singular hecho de armas, las descendientes de esta familia se mostraron orgullosas y dignas de él, aunque sin duda no fueron siempre blancas. La última, Lorenza, era, contrariando la ley sálica, heredera del nombre, de las armas y de los feudos. El rey de Francia había aprobado la carta del conde de Champaña, en virtud de la cual, en esta familia, las hembras ennoblecían y heredaban. Lorenza era, pues, condesa de Cinq-Cygne, y su marido debía tomar su nombre y su blasón, donde se leía por divisa la sublime respuesta dada por la mayor de las cinco hermanas á la intimación de que entregasen el castillo: *¡Morir cantando!* Digna de estas hermosas heroínas, Lorenza poseía una blancura extraordinaria. Las menores marcas de sus venas azules se veían bajo la fina trama de su epidermis. Su cabellera, de un hermoso color rubio, armonizaba admirablemente con sus ojos azules oscuros. Todo en ella era bonito. En su cuerpo delicado, á pesar de su delgado talle y de su blanca tez, moraba un alma templada, como la del

(1) Cinq-Cygne significa cinco cisnes. (Nota del traductor.)

hombre de más carácter; pero nadie, ni el mejor observador, lo hubiera adivinado al ver el aspecto de su angelical fisonomía y de su rostro, cuyas facciones reflejaban un gran candor é inocencia, como las de la oveja. Esta excesiva dulzura, aunque noble, parecía llegar á igualarse muchas veces con la estupidez del cordero.

—Parezco un carnero pensativo, decía ella algunas veces sonriéndose.

Lorenza, que hablaba poco, parecía estar siempre, no ya pensativa, sino aletargada. Pero si llegase á surgir algún acontecimiento serio, la Judith oculta se revelaba en seguida y aparecía sublime. Desgraciadamente, las circunstancias no le faltaron. A los trece años, Lorenza, después de los acontecimientos que hemos relatado, se vió huérfana, en medio de la plaza en que la vispera se levantaba en Troyes una de las casas más curiosas de la arquitectura del siglo xvi, el palacio de Cinq-Cygne. El señor de Hauteserre, uno de sus parientes y que había pasado á ser su tutor, se llevó á la heredera inmediatamente al campo. Este buen hidalgo de provincia, asustado con la muerte del abate Hauteserre, su hermano, muerto de un balazo en la plaza en el momento en que se escapaba disfrazado de aldeano, no estaba en posición para defender los intereses de su pupila: tenía dos hijos en el ejército de los príncipes, y todos los días, al menor rumor, creía que los municipales de Arcis iban á prenderle. Orgullosa de haber sostenido un sitio y de poseer la blancura histórica de sus antepasados, Lorenza despreciaba aquella prudente cobardía del anciano, encorvado por el viento de la tormenta, y no pensaba más que en ilustrarse. Puso audazmente en su pobre salón de Cinq-Cygne el retrato de Carlota Corday, coronado con ramas de encina entrelazadas. Por medio de un propio, estaba en correspondencia con los gemelos, despreciando la ley, que la hubiese condenado á muerte. El mensajero, que arriesgaba también su vida, traía las contestaciones. Desde la catástrofe de Troyes, Lorenza no vivió más que para el triunfo de la causa real. Después de haber juzgado imparcialmente á los señores de Hauteserre y de haber reconocido en ellos una

"ALEJANDRO REYES"  
1916. 1502.

naturaleza honrada, pero sin energía, los consideró fuera de su esfera; Lorenza tenía demasiado talento y verdadera indulgencia para sentir rencor contra ellos á causa de su carácter. Buena, amable, afectuosa con ellos, no les comunicó nunca ninguno de sus secretos. Nada forma el alma como el disimulo constante en el seno de la familia. Al llegar á su mayor edad, Lorenza dejó que el honrado Hauteserre continuase administrando sus bienes, como había hecho hasta entonces. Que su yegua favorita estuviese bien alimentada, que su criada Catalina estuviese á gusto y su criado Gothard vestido convenientemente, y lo demás la tenía sin cuidado. Tenía ocupada su mente en cosas demasiado grandes, para entregarse á ocupaciones que, en otro tiempo, sin duda le hubiesen agradado. Su tocado, adornos y vestidos tenían poca importancia para ella, ya que sus primos no estaban allí. Lorenza tenía una amazona verde botella para pasearse á caballo, una bota de tela común con sencillos adornos para ir á pie y una bata de seda para andar por casa. Gothard, su pequeño escudero, un diestro y valeroso muchacho de quince años, le servía de escolta, pues ella estaba casi siempre fuera y cazaba en todas las tierras de Gondreville, sin que los cortijeros ni Michú se opusiesen á ello. Montaba admirablemente á caballo y su destreza en la caza era maravillosa. En toda la comarca, la llamaron siempre la señorita, aun durante la Revolución.

El que haya leído la hermosa novela *Rob-Roy*, debe recordar uno de los caracteres más raros de mujer para cuya concepción se valió Walter Scott de sus ordinarios moldes de frialdad; de Diana Vernon. Este recuerdo puede servir para hacer comprender á Lorenza, si añadís á las cualidades de la cazadora escocesa la exaltación contenida de Carlota Corday y si suprimís la amable vivacidad que hace á Diana tan simpática. La joven condesa había visto morir á su madre, matar de un tiro al abate de Hauteserre y perecer en el patíbulo á los marqueses de Simeuse. Su hermano único había muerto de heridas recibidas en el campo de batalla, sus dos primos, que servían en el ejército de Condé, podían morir de un momento á otro, y, finalmente,

la fortuna de los Simeuse y los Cinq-Cygne acababa de ser devorada por la República, sin provecho para la República. Su gravedad, que había degenerado en estupor aparente, debe, pues, concebirse.

El señor de Hauteserre fué, por otra parte, el tutor más probo y más entendido. Bajo su administración, Cinq-Cygne tomó el aspecto de una quinta. El buen hombre, que parecía, más bien que un valiente, un propietario aprovechado, había sacado partido del parque y de los jardines, cuya extensión era de más de doscientas fanegas, donde encontró alimento para los caballos y para los criados, y la leña para el consumo. Gracias á la más severa economía, al llegar á su mayor edad, la condesa había recobrado ya una fortuna considerable, y tenía colocado su importe en papel del Estado. En 1798, la heredera poseía veinte mil francos en rentas del Estado y doce mil francos en Cinq-Cygne, cuyos arriendos habían sido renovados con notables aumentos. Los señores de Hauteserre se habían retirado al campo con tres mil francos de renta vitalicia; estos despojos de su fortuna no les permitía habitar más que en Cinq-Cygne; así es que el primer acto de Lorenza fué darles el usufructo para toda la vida del pabellón que ocupaban. Los Hauteserre, que se habían hecho avaros para su pupila como para ellos mismos, y que todos los años amontonaban sus mil escudos, pensando en sus dos hijos, obligaban á hacer una vida modestísima á la heredera. El gasto total de Cinq-Cygne no pasaba de cinco mil francos anuales. Pero Lorenza, que descendía á ciertos detalles, lo encontraba todo bueno. El tutor y su mujer, dominados insensiblemente por la influencia imperceptible que aquel carácter ejercía en las cosas más insignificantes, habían acabado por admirar á la que habían conocido niña, lo cual no deja de ser raro. Pero Lorenza tenía en sus modales, en su voz gutural y en su imperiosa mirada, ese no sé qué, ese poder inexplicable, que impone siempre, aunque sólo sea aparente, pues para los tontos el vacío se parece á la profundidad. Para el vulgo, la profundidad es incomprendible. De ahí proviene sin duda la admiración del pueblo por todo lo que no comprende. Los seño-

res de Hauteserre, sorprendidos del silencio habitual é impresionados por el carácter reservado de la joven condesa, estaban siempre á la espera de alguna cosa grande. Haciendo el bien con discernimiento y no dejándose enganar, Lorenza era respetada por los aldeanos, á pesar de ser aristócrata. Su sexo, su nombre, sus desgracias, la originalidad de su vida, todo contribuía á darle autoridad sobre los habitantes del valle de Cinq-Cygne. Salía algunas veces por uno ó dos días, acompañada de Gothard, y nunca, al volver, la interrogaban los señores de Hauteserre acerca de los motivos de su ausencia. Pero entiéndase bien que Lorenza no tenía nada de extravagante y que el marimacho se ocultaba bajo la forma más femenina y más débil en apariencia. Su corazón estaba dotado de una excesiva sensibilidad, pero su cabeza obraba con resolución viril y firmeza estoica. Sus perspicaces ojos no sabían llorar. Al ver su puño blanco y delicado, cruzado por azules venas, nadie hubiese creído que podía desafiar al del caballero más nervudo. Su mano, tan noble y tan delicada, manejaba una pistola ó un fusil con el vigor de un diestro cazador. Fuera de casa, se peinaba siempre como las mujeres para montar á caballo y llevaba un sombrerito de castor y el velo verde echado sobre la cara. Así es que su delicado rostro y su blanco cuello envuelto en una corbata negra, no sufría nada durante sus correrías al aire libre. Bajo el Directorio y al principio del Consulado, Lorenza había podido obrar así sin que nadie se ocupase de ella; pero cuando el gobierno empezó á regularizarse, las nuevas autoridades, el prefecto del Aube, los amigos de Maligno y Maligno mismo, procuraban hacer que perdiese la consideración de que gozaba. Lorenza no pensaba más que en la caída de Bonaparte, cuya ambición y triunfo habían hecho nacer en ella una rabia fría y meditada. Enemiga obscura y desconocida de aquel hombre cubierto de gloria, no lo perdía de vista ni un momento desde el fondo de su valle y de sus bosques; dábanle á veces intenciones de ir á matarlo á los alrededores de Saint-Cloud y de Malmaison. La ejecución de este proyecto bastaría para explicar ya los ejercicios y las costumbres de su vida; pero, iniciada, desde

la ruptura de la paz de Amiens, en la conspiración de los hombres que intentaron derribar el 18 de brumario al Primer Cónsul, había subordinado desde entonces su fuerza y su odio al plan más vasto y mejor dirigido que debía atacar á Bonaparte, en el exterior con la vasta coalición de Rusia, Austria y Prusia, que el emperador venció en Austerlitz, y en el interior con la coalición de los hombres más opuestos unos á otros, pero unidos por su odio común, y algunos de los cuales meditaban, como Lorenza, la muerte de este hombre, sin retroceder ante el asesinato. Esta joven, tan débil en apariencia y tan fuerte para el que la conocía bien, era, pues, en este momento el guía fiel y seguro de los hidalgos que llegaron de Alemania para tomar parte en este serio ataque. Fouché echó mano de esta cooperación de los emigrados del otro lado del Rhin, para comprometer al duque de Enghien en el complot. La presencia de este príncipe en el territorio de Bade, á poca distancia de Strasburgo, dió después pábulos á estas hipótesis. La gran cuestión de saber si el príncipe tuvo en realidad conocimiento de la empresa y si sabía entrar en Francia después de la victoria, es uno de los secretos sobre los cuales, como sobre otros muchos, guardaron profundo silencio los príncipes de la casa de Borbón. A medida que la historia de este tiempo vaya envejeciendo, los historiadores imparciales juzgarán como una imprudencia el que el príncipe se hubiera aproximado á la frontera en el momento en que tenía que estallar una inmensa conspiración, en cuyo secreto estaba indudablemente toda la familia real. La prudencia que Maligno había desplegado conferenciando con Grevin al aire libre, era empleada por esta joven para las cosas más insignificantes. Recibía á los emisarios y conferenciaba con ellos, ya en los diversos extremos del bosque de Nodemesme, ó ya al otro lado del valle de Cinq-Cygne, entre Sezanne y Brienne. Andaba á veces quince leguas de una sola tirada con Gothard, y volvía á Cinq-Cygne sin que nadie pudiese ver en su fresca cara la menor huella de fatiga ni de preocupación. Desde un principio, había visto en los ojos de este pequeño vaquero, que tenía entonces nueve años, la sencilla admiración